



Revista de Fomento Social, 54 (1999), 47-62

Tres paradigmas del trabajo social

Para los jesuitas y los que trabajan en sus instituciones la dimensión social ha dejado de ser una preocupación de un sector más directamente implicado o sensibilizado con los problemas sociales para convertirse en una dimensión ineludible de la misión de toda institución de la Compañía de Jesús. El nuevo nombre de lo social es la promoción de la justicia como exigencia absoluta del servicio de la fe. La pasión por la justicia, la cercanía y perspectiva de los menos favorecidos y el análisis crítico de la realidad constituyen tres componentes irrenunciables e inseparables de esa dimensión.

—Rafael YUSTE MOYANO S.J. (*)—

(*) Profesor de Ética Empresarial y Pensamiento Social Cristiano en la Facultad de Empresariales (ESEA) de la Universidad de Córdoba.

ESTUDIOS

Introducción

El año 1998, el Secretariado del Apostolado Social de la Compañía de Jesús publicó un documento titulado *Características del Apostolado Social de la Compañía de Jesús*. En él se recogen las respuestas que, nacidas de la experiencia y de la reflexión, habían aportado los jesuitas que trabajan en el campo social a la pregunta: *¿Cómo llevar la justicia del Evangelio a la sociedad y a la cultura?* Tales respuestas habían sido presentadas y analizadas en un Congreso de Apostolado Social que se celebró en Nápoles a mediados del año 1997. No es posible resumir en unas pocas páginas el contenido de aquel documento y, menos aun, de la experiencia y la reflexión que subyacen al mismo. No obstante, me ha parecido que puede ser de interés elaborar una síntesis personal destinada a los propios jesuitas, a aquellos con quienes trabajamos y a los lectores de Fomento Social.

No todas las actividades e instituciones de la Compañía de Jesús pertenecen al trabajo social como Sector específico. Pero, la dimensión social debe estar presente en todas las actividades e instituciones de los jesuitas. De ahí que estas *Características* sean de interés no sólo para los jesuitas y los laicos que colaboran juntos en la realización de trabajos sociales, sino también para todos los jesuitas y para todos los que trabajan en instituciones de la Compañía de Jesús, sea cual sea la actividad que realizan o la institución en que lo hacen. La dimensión social forma parte de la manera en que la Compañía de Jesús concibe hoy su misión. Y cualquier iniciativa en la que la Compañía de Jesús acepta la responsabilidad última *«debe regirse mediante una declaración nítica de la misión que ponga de manifiesto su finalidad y sirva de base para colaborar en ella»* (CG 34, d.13, n.1).

El propósito del Apostolado Social lo expresan nuestras Constituciones como *«tender a que las estructuras de la convivencia humana se impregnen y sean expresión más plena de la justicia y de la caridad, llevar la justicia del Evangelio a la sociedad y la cultura»* (NC 298). Las *Características* son una guía para el desarrollo de ese propósito.

Al hablar de trabajo social y de la dimensión *social* de nuestro trabajo estamos hablando o de una actividad directamente relacionada con los problemas sociales o de qué manera y en qué medida toda nuestra actividad, la que sea, se relaciona con dichos problemas sociales. Los problemas sociales son múltiples, pero su característica común es que entrañan una situación de injusticia y un sufrimiento

para quienes los padecen. Problemas que, aunque tienen una fundamental dimensión estructural, generalmente compleja, los padecen personas y colectivos concretos: la violación de los derechos humanos, la explotación, la pobreza, la marginación y exclusión en todas sus formas. Y, sobre todo, el sufrimiento que tales situaciones infringen a sus víctimas.

La acción social tiene que ver con la ayuda a las personas para que puedan vivir y vivir dignamente, paliando las consecuencias de las injusticias sociales, colaborando a la reconstrucción personal y colectiva. Y también tiene que ver con la creación o modificación de estructuras (sociales, económicas, políticas, culturales), de modo que permitan una convivencia pacífica basada en la justicia y ayuden a la construcción de una sociedad solidaria. La actividad social tiene muchas dimensiones: desde la reflexión, el análisis y la interpretación de los problemas hasta las más diversas acciones individuales, colectivas e institucionales encaminadas a comprender dichos problemas, paliar sus consecuencias y, en la medida de lo posible, a superarlos.

¿Qué es lo que da carácter apostólico a una acción? No siempre es la acción misma. Ese carácter hay que buscarlo frecuentemente en las motivaciones, en la intención y en la forma en que se realiza una actividad. Lo que da carácter apostólico a una acción o institución es la pretensión de hacer de ella un instrumento evangelizador, el querer hacer presentes a través de ella los valores del evangelio.

¿Qué características propias tiene el apostolado social de la Compañía de Jesús? No se trata de encontrar una especificidad que establezca límites y diferencias. Se trata más bien de expresar qué nos inspira, qué hacemos y cómo procedemos. De ello es de lo que tratan estas páginas.

Para la realización de ese trabajo social, la Compañía de Jesús se inspira en primer lugar en el Evangelio, vivido según nuestro carisma ignaciano. Esa inspiración se encuentra tanto en los documentos como en la experiencia. La fidelidad al Evangelio, al carisma de San Ignacio y a la experiencia de las tareas acometidas por los jesuitas en lo vario y complejo de los problemas sociales, han ido decantando, a través del discernimiento, esas *Características*.

Tres paradigmas de acción social

La pasión por la justicia, la cercanía a los pobres y el análisis riguroso de la realidad, caracterizan la manera en que los jesuitas quieren hoy día llevar a cabo

su misión y cualquier actividad a través de la cual la realicen. No se trata de tres modos desconectados entre sí, pero sí de tres acentos distintos. Cada uno de ellos puede caracterizar y estar más presente en un trabajo concreto, pero ninguno puede prescindir de los demás. A mi juicio, estas tres líneas de fuerza caracterizan tanto el trabajo social como la dimensión social de todo trabajo jesuítico.

1. La pasión por la justicia

El carisma fundacional de la Compañía de Jesús, «*la mayor gloria de Dios y servicio de los hombres*», y los dos criterios fundamentales de discernimiento para su apostolado, «*la mayor necesidad y el bien más universal y duradero*», no contenían una específica orientación social. Al menos, entendida esa orientación a la manera en que entonces la concretaba el carisma de otras órdenes o congregaciones religiosas. Muchas de ellas fueron fundadas para el ejercicio de una obra de misericordia o para la atención de un determinado colectivo social—pobres, marginados o enfermos—e hicieron de la pobreza, del servicio a los marginados o de la atención a los enfermos su principal identidad.

No obstante, en la Fórmula del Instituto, que resume las aptitudes y actitudes que deben exigirse a quien quiere abrazar el estado religioso en la Compañía de Jesús, se lee: «*Y también manifiéstese preparado para reconciliar a desaventados, socorrer misericordiosamente y servir a los que se encuentran en las cárceles o en los hospitales, y a ejercitar todas las demás obras de caridad, según parecerá conveniente para la gloria de Dios y el bien común*» (Fórmula del Instituto, 1550).

El cuidado de los pobres y enfermos fue un rasgo destacado en la vida de San Ignacio desde el momento de su conversión y una característica relevante del apostolado de los primeros compañeros y de muchos de los primeros jesuitas.

Cuando vivía ya en Roma como Preósito General de la Compañía, totalmente ocupado en cuidar de una orden que se extendía rápidamente y en la redacción de las Constituciones, Ignacio seguía encontrando tiempo para promover una gran variedad de obras de caridad para con los mendigos sin techo, los hambrientos, las prostitutas arrepentidas, los huérfanos. A los jesuitas Pedro Laínez y José Salmerón, legados pontificios en el Concilio de Trento, les instruye para que vivan en los hospitales y se ocupen de los pobres. En una carta que San Ignacio escribió a los jesuitas de Padua les decía: «*Nuestro compromiso de seguir a un Señor pobre*

nos hace de manera del todo natural amigos de los pobres».

En la primera Compañía, sin duda junto al ministerio de la predicación y los sacramentos, los ejercicios espirituales y la enseñanza, tal práctica y orientaciones del fundador y los primeros compañeros, marcaron una pauta y, diríamos hoy, constituyeron un lugar hermenéutico para el apostolado.

En toda la historia de la Compañía no han faltado iniciativas personales e institucionales que concretaban esa dimensión social como servicio a los pobres. Muchos de los santos de la Compañía, de los canonizados o no, llevaron esa cercanía y atención a los pobres y enfermos a la heroicidad. Muchos también hicieron de la práctica de las obras de misericordia una dedicación personal prevalente. Tampoco faltó nunca, en muchas de nuestras casas y de nuestras obras, la acogida y el socorro a los pobres.

Pero es necesario reconocer que, sociológicamente y al menos en Europa, el trabajo de los jesuitas, durante siglos, no fue identificado por su cercanía a los pobres. Más bien lo contrario. Los Colegios y las Residencias (las dos mediaciones básicas desde donde los jesuitas llevaban a cabo su tarea apostólica) instruyeron y atendieron espiritualmente a las capas medias y altas de la sociedad y se ubicaron en el centro de las ciudades. Los mismos criterios para la selección de nuestras obras apostólicas entendieron que la evangelización de las clases sociales más influyentes colaboraba más al recto orden de la sociedad. Mayoritariamente, esas capas sociales fueron los amigos de los jesuitas.

Hasido en el siglo XX, y sobre todo en su segunda mitad, cuando los documentos de la Compañía de Jesús y la práctica concreta de muchos jesuitas han establecido que la dimensión social debe estar presente en todo apostolado de los jesuitas y han colocado prácticamente la cercanía y la solidaridad con los pobres en el centro de su misión apostólica. Paralelamente, esa cercanía y solidaridad con los pobres se ha entendido también como una mayor exigencia en la práctica de la pobreza.

No es posible referirnos aquí a todos los documentos de la Compañía y a todas las experiencias de los jesuitas. En cuanto a los primeros, dos nos parecen especialmente importantes: la Instrucción sobre el Apostolado Social del P. General Juan Bautista Janssens en 1949 y la Congregación General 32 (1974-75).

En 1949, el P. General Juan Bautista Janssens dirigió a toda la Compañía una *Instrucción sobre el Apostolado Social*. En dicha Instrucción aparece ya recogida con gran plasticidad la dificultad de los jesuitas de entonces para una efectiva cercanía a los pobres, identificados entonces con los obreros, y una más exigente

práctica de la pobreza: «Educados los más en familias más pudientes o internos ya desde niños en Seminarios Menores, pocos son los que pudieron conocer por sí mismos la vida concreta del obrero y del trabajador del campo, la del oficinista y la de aquel que está ocupado en los más bajos oficios al servicio de patronos y públicos funcionarios» (Instrucción... n. 9).

El P. General invitaba a los jesuitas a hacerse cargo «de lo que supone el verse humillado toda la vida, el hallarse en la más baja condición, el ser olvidado o despreciado por muchos; el no poder presentarse en público por falta de vestido decoroso y educación social; el ser instrumento con el que otros se enriquecen; tener limitado hasta el pan de cada día y nunca estar seguro de mañana; verse obligado a trabajar menos o más de lo que pueden sus fuerzas, con toda clase de peligros para su salud, dignidad y honor; el estar días y meses sin trabajo, y sentirse atormentado por la desidia y la necesidad; el no poder educar convenientemente a los hijos, sino que tener que exponerlos a la promiscuidad de las plazas públicas, a las enfermedades y a la miseria, y llorar a muchos de ellos arrebatados por la muerte en su tierna edad por falta de atención más esmerada; nunca gozar de un descanso psíquico o corporal digno del hombre, y al mismo tiempo ver junto a sí que aquellos por quienes trabajan, abundan en riquezas y disfrutan de comodidades aun superfluas, se dedican a estudios liberales y a las artes nobles, acumulan honores, triunfan y son alabados» (Ibd.).

De manera práctica, el P. General orientaba, con la mentalidad de entonces, para que la misma etapa de formación fuera remodelando la sensibilidad del jesuita y lo preparara para estar con los pobres. Aprueba para los novicios que: «a algunos escogidos se les envíe por breve tiempo a las fábricas entre los obreros, compartiendo su vida». Y a los que están a punto de acabar la formación «más fácilmente que a los novicios, concederé, donde los Instructores me lo propongan, que vayan a las fábricas, ya para su ministerio puramente espiritual, ya también para ejercer un oficio manual entre los obreros, pero cuidando de no olvidar nunca su dignidad sacerdotal. Visiten, desde luego, a los obreros y a los pobres, tanto en los Hospitales y Asilos como, con las debidas cautelas, en sus propias casas. Conozcan de vista la miseria de la vivienda, del vestido, del alimento de los pobres. Conozcan su ignorancia e inurbanidad por falta de educación. Veán con sus propios ojos la dificultad, por no decir imposibilidad, de la virtud cristiana, que ni nosotros mismos seríamos capaces de practicar en tales circunstancias. Pues si no han experimentado alguna vez estas cosas,

con contentarse con haberlas oído, hay peligro de que al predicar después la resignación cristiana, la justicia, la castidad, parezca que se rien de los pobres y se hagan odiosos a sí y a la misma Iglesia» (Instrucción...nn. 10 y 12).

No sólo la obras directamente sociales, también las demás obras de la Compañía debían procurar «*instaurar un recto orden social*», especialmente en los colegios, cuyos estudiantes «*no deben adquirir ningún espíritu de clase social privilegiada*» (Ibd.).

Quizá la parte más llamativa y original de la Instrucción, y que arroja luz sobre ulteriores desarrollos, es el llamamiento hecho a toda la Compañía «*a formarse en aquel amor sincero y eficaz que en el lenguaje moderno llamamos espíritu o mentalidad social. ... Urge, en verdad, el que sobre todo en algunas provincias se preocupen los Superiores de que nuestros ministerios no se circunscriban casi únicamente a los más acomodados y cultos... Si queremos no aparecer, con fundamento, aliados de los ricos y capitalistas, es preciso que no pocos de nuestros ministerios sean dirigidos, más eficazmente al proletariado*» (Instrucción... n. 17)

En los años sesenta, muchos jesuitas dan el paso para hacer de la cercanía y amistad con los pobres no ya una experiencia o el objeto de un conocimiento directo, sino una opción que iba a transformar radicalmente su anterior perspectiva. Esta opción tuvo, entre otras, dos manifestaciones fundamentales: la Misión Obrera europea y las Comunidades Eclesiales de Base latinoamericanas. A ambas es común la realización de una acción social a través de comunidades de inserción. Ninguno de los dos es un fenómeno exclusivo ni principalmente jesuítico. Pero los dos tienen una enorme incidencia en el apostolado social y en la actividad toda de los jesuitas.

En Europa, la inserción de comunidades en zonas de pobreza, la adopción de un estilo de vida que incorporaba globalmente la condición obrera y, sobre todo, el asumir como forma permanente de vida un trabajo asalariado, la mayoría de las veces manual, supuso una auténtica revolución cultural para muchos jesuitas. La Misión Obrera, como se llamó al colectivo formado por las diversas comunidades que se insertaron en medio de la clase obrera, muchos de cuyos miembros trabajaban manualmente, fue en esos años la experiencia más representativa y fecunda de cercanía y amistad con los pobres. Aunque no la única.

Algunas parroquias y comunidades que, aunque sus miembros no asumieran la condición de obreros, se insertaron en el mismo medio, sufrieron una transforma-

ción semejante. Muchos jesuitas jóvenes, todavía en etapa de formación, fueron a vivir en este tipo de comunidades y alternaron sus estudios con periodos de trabajo manual asalariado.

En América Latina, las Comunidades Eclesiales de Base, inspiradas en la Teología de la Liberación e inspiradoras de la misma, fueron uno de los movimientos más fecundos y renovadores para el apostolado social y la actividad de la Compañía de Jesús.

El final del Concilio Vaticano II coincide con la elección del P. Arrupe como Prepósito General de la Compañía de Jesús. Ya la misma Congregación General 31, que lo eligió, había iniciado la transformación doctrinal que se va a producir en la concepción del apostolado social en la Compañía con la referencia a la incidencia del mismo sobre las estructuras injustas de la sociedad.

La CG.31 intentó definir de manera más clara la naturaleza del apostolado social. Este debía tender no solamente proveer a las clases pobres y marginadas de la sociedad con los bienes temporales y espirituales necesarios para llevar una vida más humana, digna de su vocación y dignidad, sino sobre todo a *«configurar las estructuras mismas de la convivencia humana de modo que alcancen éstas una expresión de mayor justicia y caridad»* (CG 31, D.32, n. 1).

El liderazgo del P. Arrupe dio un impulso decisivo al apostolado social de la Compañía. En sus muchos escritos fue un incansable promotor del apostolado social, habló de una vasta gama de problemas sociales, de una manera que ningún General anterior había usado, insistiendo en que la dimensión social debería estar presente en toda obra apostólica de la Compañía.

Sin duda, el mismo Concilio Vaticano II, el Sínodo de los Obispos de 1971 y su declaración sobre «La justicia en el mundo», así como declaraciones y documentos de muchas Conferencias Episcopales (particularmente las latinoamericanas de Medellín y Puebla) están en la base de este giro dado al apostolado social en la Compañía

En los años 1974–1975 se celebró la CG 32 que va a dar el impulso decisivo a la redefinición de la misión de la Compañía en el mundo contemporáneo. La promoción de la justicia es vista ahora como una exigencia absoluta de la fe. No sólo se amplía su perspectiva, no sólo queda integrada en todas las actividades, sino que pasa a ser definitoria de la misión misma de la Compañía. En dos decretos fundamentales, al describir lo que es ser jesuita hoy (D.2), y al describir la misión de la Compañía (D.4), se usa la fórmula: servicio de la fe y promoción de la justicia.

«Ser hoy compañero de Jesús significa «comprometerse ...en la lucha crucial de nuestro tiempo: la lucha por la fe y la lucha por la promoción de la justicia que la misma fe exige» (D.2, n.2). «La Compañía de Jesús... elige la participación en esa lucha como el punto focal que identifica en la actualidad lo que los jesuitas hacen y son» (D.2, n.3). Y el D. 4 volverá a concretar esa opción: «Dicho brevemente: la misión de la Compañía de Jesús hoy es el servicio de la fe, del que la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta» (D.4, n.2).

El carácter central e integrador de tal tarea lo expresa la misma CG con estas palabras:

«El servicio de la fe y la promoción de la justicia no puede ser para nosotros un simple ministerio más entre otros muchos. Debe ser el factor integrador de todos nuestros ministerios; y no sólo de éstos, sino de nuestra vida interior, como individuos y como comunidades, como fraternidad extendida por todo el mundo» (D.2, n.9). O con estas otras: «la promoción de la justicia no constituye tan sólo, para nosotros, un campo apostólico entre otros, el del apostolado social: debe ser una preocupación de toda nuestra vida y constituir una dimensión de todas nuestras tareas apostólicas» (D.4, n.47).

En realidad, la Congregación General 32 fue el momento de tomar colectivamente conciencia de una realidad que estaba ya presente en muchas de las actitudes y de las actividades de los jesuitas. La Congregación General, al legitimar esa realidad y dotarla de una formulación vigorosa y coherente, contribuyó a potenciarla y a darle carácter institucional y universal. Más que constituir o potenciar un sector social, insistió en la dimensión transversal e integradora del servicio de la fe y la promoción de la justicia. No se trataba ya simplemente de un servicio o una atención a los pobres y a las demás víctimas de la injusticia realizado por algunos jesuitas, manteniendo entretanto nuestros habituales lugares vitales y nuestros tradicionales modos y sitios de trabajo. Al redefinir la misión de la Compañía de Jesús hoy, hacía que la dimensión social entrara a formar parte del núcleo más importante de nuestra vida. La solidaridad con los que llevan una vida difícil y son colectivamente oprimidos dejaba de ser asunto solamente de algunos jesuitas y debía caracterizar la vida de todos, tanto en el plano personal como en

el comunitario e incluso institucional. Ello hacía necesaria una conversión en nuestras formas y estilos de vida y exigía revisar nuestras inserciones institucionales y nuestras empresas apostólicas.

Fue ésta una etapa fecunda, a la vez que conflictiva. La pluralidad, incluso la radicalidad de algunas opciones, encontró siempre el aliento del P. Arrupe que, poco antes de su enfermedad, ponía en marcha el Servicio Jesuita a Refugiados, como muestra de su sensibilidad hacia los más graves problemas del momento.

De la intensidad y sinceridad de ese cambio da cuenta la historia reciente de la Compañía de Jesús en casi todo el mundo. La última Congregación General, la nº 34 (celebrada en el año 1995) podía constatar: «*Hemos recuperado, para nuestra misión actual, la centralidad del trabajo en solidaridad con los pobres de acuerdo con nuestro carisma ignaciano*». Y añadía esta fundamental constatación: «*Ser amigos del Señor significa ser amigos de los pobres*» (D. 2, nº 8).

Pero también somos conscientes de lo mucho que nos falta para hacer realidad lo expresado en esos documentos y para generalizar lo vivido por algunos jesuitas. Hoy la dimensión social, expresada como opción por los pobres y compromiso por la promoción de la justicia, está presente en los idearios de todas nuestras instituciones. Existen muchos jesuitas familiarizados con la pobreza y la amistad con los pobres. Pero queda mucho para llegar a que esa dimensión determine y caracterice de hecho tanto las instituciones como el trabajo realizado en ellas y para que la familiaridad con la pobreza y la amistad con los pobres caractericen la vida y el trabajo de todo jesuita.

2. La cercanía a los pobres

A los jesuitas se les ha pedido, de siempre, en las Constituciones que sean pobres y amigos de los pobres. Históricamente eso se ha entendido de muchas maneras. Algunas de esas maneras de entenderlo eran, desgraciadamente, casi justamente lo contrario de lo que alguien de verdad pobre entiende al leer estas palabras.

Pocos de nosotros se han sentido llamados a vivir como los pobres y en medio de ellos. Sin embargo, la inserción en el mundo de los pobres es un horizonte propuesto hoy a nuestro modo de vivir, a nuestro modo de trabajar, a nuestra inserción social y a nuestro modo de proceder. Estemos donde estemos y sea cual sea nuestro trabajo, esta apertura a los pobres es fuente de nuestra vida espiritual y determina nuestros planteamientos más hondos y radicales. Porque es una

apertura y cercanía que nace de la fe, del deseo de seguir a Jesús pobre.

En su sentido más inmediato y concreto, los pobres no son ni una categoría sociológica, ni una generalización piadosa, sino el nombre de personas concretas, de gente real, de gente con frecuencia desgraciada. El contacto con los pobres no es siempre agradable. Por el contrario, con frecuencia produce horror y agobio y no resulta ni interesante ni gratificante. Produce también escándalo e indignación: los pobres son verdaderamente desgraciados, soportan abusos, miserias e injusticias. Esa cercanía saca a la vez lo mejor de nosotros mismos. Estar con los pobres día a día y permanecer cerca de sus sufrimientos es estar continuamente cuestionado y verse llamado o impulsado a una mayor hondura y a un cambio. El compromiso emocional con su vida despierta esa mezcla de ternura e indignación llamada compasión y solidaridad. La pobreza y la miseria nunca reciben una palabra de complacencia en el Evangelio.

La inserción entre los pobres, entrar en una relación personal y cultural con ellos, nos hace ver las cosas a su manera, modela nuestros puntos de vista, nuestra forma de entender e interpretar la cosas, desde los detalles de la vida cotidiana a las cuestiones más amplias y trascendentes. Pero generalmente no estamos preparados para ese paciente aprendizaje y queremos pasar de inmediato de vivir con los pobres a trabajar para ellos. Perdemos entonces la oportunidad de descubrir la bienaventuranza de los pobres. Esto puede sonar paradójico. Es una gracia, un don, de la que los pobres mismos pueden con frecuencia carecer, pero que muchas veces tienen. La relación con la pobreza real lleva a la autenticidad, a la libertad, a la verdad. El encuentro real con los pobres es un encuentro con el sufrimiento y la injusticia, pero también un encuentro con la gratitud, con la dicha.

3. La lectura de la realidad

La amistad con los pobres es fuente de solidaridad y compromiso. Pero también fuente de preguntas, de análisis y de reflexiones. El análisis y la lectura de la realidad no deben paralizar la acción, pero la acción no debe quedar corta de miras, sino guiada por una sólida comprensión.

La necesidad de un análisis de la realidad, de un examen o composición de lugar, antes de emprender cualquier acción social parece evidente. La sociedad actual, a todos los niveles, pero sobre todo a nivel global internacional, requiere de instrumentos y técnicas de análisis no disponibles hasta el presente. Un análisis

histórico, cultural, religioso, comunitario, además del análisis socio-político-económico que viene siendo tradicional. En particular, un análisis interdisciplinar y multicultural evitaría los sesgos ideológicos o la estrechez de puntos de vista, que se reconocen como defectos del pasado, sin diluir por ello el análisis ni debilitar la acción social. Tal análisis es un instrumento precioso del apostolado social y una aportación particularmente rica a las demás actividades de los jesuitas.

Desde finales del siglo XIX se venía configurando este tercer paradigma del trabajo social de los jesuitas: la fundación de centros, revistas, Intitutos, etc. de investigación y educación social. El apostolado social institucional de los jesuitas, durante muchos años y hasta llegar al Concilio Vaticano II, tiene un marcado carácter intelectual y educativo, de investigación y divulgación de pensamiento social cristiano y de la Doctrina Social de la Iglesia. Sin duda es la tarea social para la que los jesuitas suelen estar mejor preparados.

Los Centros Sociales venían siendo la forma privilegiada de apostolado social en la Compañía. Sin embargo, tras la C.G. 32, sin abandonarlos, los Centros Sociales entraban en crisis y la promoción de la justicia, como síntesis de lo que pretendía el apostolado social, tomaba nuevas y diferentes formas de acción y de compromiso. El P. Arrupe aludía a ello en la Congregación de Procuradores de 1978: *«El sector social propiamente dicho se ha desarrollado y dado origen a nuevos compromisos tanto a nivel personal como institucional. Los Centros de Acción Social, que en el pasado jugaron un papel tan importante, han acusado en varias regiones una fuerte crisis. Procuran adaptarse a las nuevas exigencias vinculándose más estrechamente con los que trabajan en la base, abriéndose a la colaboración con otros sectores de apostolado (educación, pastoral, reflexión teológica e interdisciplinar, etc) y ampliando así su radio de acción»* (Acta Romana, S.J. 17 (1978), 435).

En 1980, un Seminario sobre «El Apostolado Social en la Compañía, hoy» redefinía así lo que constituía un Centro Social:

1. Un grupo de jesuitas radicalmente comprometidos con la promoción de la justicia, en solidaridad con los pobres.
2. Que busca un cambio estructural de la sociedad y no solamente una conversión individual.
3. Con vistas a contribuir a la construcción de una sociedad más justa y de modelo participativo (con participación del pueblo no sólo en los resultados

sino en el proceso).

4. Que define las prioridades y orienta la acción mediante el uso del análisis científico (crítico) de la realidad, análisis no sólo estructural sino también coyuntural; y a partir de una visión de fe cristiana.
5. Asociándose en distintos grados a quienes comulgan con el mismo ideal de transformación de la sociedad.
6. En diálogo crítico con grupos que buscan el cambio, pero en sentido distinto del nuestro.
7. Y que busca el ideal de la comunión con la Iglesia y toda la Compañía. (Promotio Iustitiae 18 (1980) 99).

El análisis social se enfrenta hoy a problemas y desafíos no previstos: no sólo espinosos problemas económicos y sociales sino también problemas culturales, étnicos, informativos, religiosos. La aportación más trascendental de la CG 34 ha sido la de ligar el diálogo de la fe con la justicia al diálogos con la cultura y al diálogo interreligioso. Las Características quieren hacer frente a ese desafío describiendo la lectura de la realidad que la acción social supone.

El análisis *socio-cultural* tiene un primer eslabón en lo *académico*. Gran parte del trabajo intelectual de los jesuitas trata de examinar los problemas sociales y culturales por medio de diferentes marcos interpretativos proporcionados por las ciencias humanas y sociales.

Semejante análisis debe respetar los criterios de evidencia y coherencia establecidos por el marco interpretativo que se usa. Son un esfuerzo sistemático, que trata de ser lo más objetivo posible. Aunque este análisis esté realizado en círculos académicos (es un trabajo de estudio, reflexión, investigación y escritura) sus resultados están destinados a informar la acción.

El análisis académico debe ser completado con el análisis *político*. La perspectiva política se orienta a la producción de un cambio. Está motivada por el escándalo de la injusticia y ataca y se opone a las visiones que toleran la injusticia existente y acepta la necesidad de proponer soluciones prácticas o vías de salida.

Uno y otro, el análisis académico y el político, se ven confrontados con las urgencias de la conciencia social, con la necesidad apremiante, con el sufrimiento que no tiene espera.

Necesitamos desarrollar una forma nueva de pensar que sea crítica y creativa, que aborde nuestra realidad para iluminarla, para interpretarla y también para

cambiarla. En lo que somos y en lo que hacemos, debemos pensar globalmente porque cada vez somos más interdependientes, y también actuar localmente para la transformación de la cultura y la sociedad.

El análisis sociocultural puede producir efectos positivos, pero también negativos. En ocasiones puede dar un barniz de racionalidad al prejuicio, la intolerancia o la violencia y sus consecuencias pueden ser trágicas. El análisis académico puede aparentemente legitimar estructuras que producen injusticias con argumentos que pretenden cumplir los requisitos académicos. El análisis político puede quedarse en el nivel de la denuncia o proponer políticas impracticables. Las urgencias de la conciencia social pueden encender pasiones, crear expectativas que después, cuando se frustran, provocan desilusión o violencia.

Pero también, el análisis académico puede cuestionar estructuras injustas al analizarlas con claridad y mostrar su incoherencia. La investigación dirigida políticamente puede apoyar de modo efectivo a los movimientos de cambio y comprometer a los políticos y a quienes toman decisiones en un diálogo que cuestione con respeto sus presupuestos fundamentales. La toma de conciencia social puede valorar la cultura y la dignidad de los grupos marginados.

Conclusión: la dimensión social

En el apostolado social se han decantado, pues, tres líneas de acción: un análisis serio de la realidad que pone el acento sobre el carácter estructural y cultural de las causas de la injusticia, una pasión por la justicia que brota de aquél análisis y de la experiencia de las consecuencias concretas y cotidianas de la injusticia y la opresión, una opción por la inserción, por compartir más de cerca la vida de los pobres y a aprender de ellos.

El apostolado social ha desempeñado en la Compañía en las últimas décadas un papel de líder y protagonista en la renovación de la misión de la Compañía. El apostolado social más explícito son una serie de esfuerzos variados que van desde los centros sociales de investigación y acción social, la misión obrera, trabajadores sociales, capellanes de cárceles, jesuitas que acompañan a excluidos, marginados o explotados, que viven y trabajan con los pobres, con parados, con personas sin hogar, con niños de la calle, indígenas, gitanos, transeuntes, alcohólicos u otros drogadictos, afectados por el Sida etc. hasta los que, por la última iniciativa del P. Arrupe, trabajan con refugiados, desplazados, emigrantes. Y ello realizado tanto

en instituciones propias como en diversas plataformas sociales, civiles o de la Iglesia (ONG's, voluntariados, Comités de solidaridad, etc.).

Como decíamos al inicio, no todos los jesuitas realizan trabajos sociales, ni todas las instituciones y obras de los jesuitas pertenecen al Sector Social. Sin embargo, las *Características* a las que nos hemos referido contribuyen a identificar en qué consiste la dimensión social que deben tener todas nuestras actividades. Esa dimensión ha de darse en los tres ámbitos señalados: en el de la misión, en el contacto directo con los pobres y en el análisis de la realidad. Nuestra sensibilidad para la misión estará tanto más motivada cuanto más fecuente y directo sea nuestro contacto y amistad con los pobres. «*Cierta inserción en el mundo de los pobres debe formar parte de la vida de todo jesuita. Siempre que sea posible, nuestras comunidades deberán ubicarse entre la gente sencilla*» (CG 34 D. 3, n. 17).

Una de las aportaciones de los jesuitas españoles a través de la CONAS (Coordinadora nacional de acción social) expresaba así ese requisito: ninguna reflexión, ningún análisis, por muy global y atinado que sea, puede hacer olvidar el impulso y el conocimiento que se deriva de una vivencia directa del mundo de los pobres en cualquiera de sus vertientes. Se trata de exponerse de nuevo –en cualquier edad, con cualquier responsabilidad– al impacto de esa realidad, al cambio de mentalidad que conlleva, al choque cultural, a la falta de sentido y de efectividad, a las crisis personales e institucionales...

Una obra de la Compañía de Jesús no es reconocible únicamente por el trabajo realizado, como algunos pudieran pensar, sino también por el cómo se realiza ese trabajo. El trabajo efectivo, por ejemplo en la educación, requiere que sea realizado por una auténtica comunidad educativa identificada con la misión y, por tanto, caracterizada por la dimensión social. Nuestras actividades, nuestra forma de vida, nuestra inserción social y nuestro modo de proceder forman un todo orgánico. Los valores que pretendemos dominen en la sociedad serán más creíbles cuando los vivimos en el propio funcionamiento de la institución. Estos valores incluyen la preocupación y la ayuda mutua, las relaciones correctas, la acogida y la sencillez, entre otros.

Toda institución de la Compañía debe hoy día transmitir una pasión por la justicia. Ello no será posible si estamos interesados por la justicia de una manera puramente intelectual. Tampoco si sólo estamos implicados de modo meramente personal. Ambas cosas son necesarias: profesionales rigurosos y personas comprometidas.

Una buena realización de nuestro trabajo, el que sea, ha de partir de una motivación e inspiración. Lo que en el lenguaje tradicional se llamaba vocación (en cuanto llamada y proyecto de vida) sigue siendo un punto de partida importante. Por ejemplo, si no tengo vocación de docente y proyecto vital de educador, difícilmente puedo realizar un buen trabajo en una institución educativa. Si no comparto la pasión por la justicia y el análisis de la realidad desde la óptica de los pobres, difícilmente puedo realizar un buen trabajo en una institución educativa de la Compañía de Jesús.

Documentación utilizada

- GÁLVEZ, JEAN-YVES, S.J. (1997), «La evolución [del Apostolado Social S.J.]», en *Promotio Iustitiae*, nº 66, pp. 34-38.
- CAMPBELL-JOHNSTON, MICHAEL, S.J. (1997), «Una breve historia», en *Promotio Iustitiae*, nº 66, pp. 8-14.
- COMISIÓN NACIONAL DE APOSTOLADO SOCIAL (CONAS) DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS (1996), «Características de la Misión Social de la Compañía», en *Cuadernos de Misión Obrera*, nº 6, pp. 3-24.
- COMPAÑÍA DE JESÚS (1966), *Congregación General XXXI*, ed. Hechos y Dichos, Zaragoza, 431 pp.
- COMPAÑÍA DE JESÚS (1975), *Congregación General XXXII*, ed. Razón y Fe, Madrid, 390 pp.
- COMPAÑÍA DE JESÚS (1983), *Congregación General XXXIII*, ed. Mensajero, Bilbao, 151 pp.
- COMPAÑÍA DE JESÚS (1995), *Congregación General XXXIV*, ed. Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 541 pp.
- GAVIN, JOSEPH B., S.J. (1997), «La enseñanza social católica: 1891-1975», en *Promotio Iustitiae*, nº 66, pp. 3-8.
- SECRETARIADO DEL APOSTOLADO SOCIAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS (1998), «Características del Apostolado Social de la Compañía de Jesús», en *Promotio Iustitiae*, nº 69 extra, Roma, 100+VIII pp.
- VARIOS. Diversos artículos en *Promotio Iustitiae*, Boletín mensual del Secretariado del Apostolado Social de la Curia General S.J. de Roma.
- Además se han utilizado diversos documentos de los Padres Generales de la Compañía de Jesús contenidos en *Acta Romana S.J.*, así como publicaciones internas de la Compañía en España.